



FRAN
BARRERO

AMURAO

El purgatorio de los niños perdidos



Índice de contenido

[C-1a AGUA](#)

[C-1b](#)

[C-2a](#)

[C-2b](#)

[C-3a](#)

[C-3b](#)

[C-4a](#)

[C-4b](#)

[C-5a FUEGO](#)

[C-5b](#)

[C-6a](#)

[C-6b](#)

[C-7a](#)

[C-7b](#)

[C-8a](#)

[C-8b](#)

[C-9a TIERRA](#)

[C-9b](#)

[C-10a](#)

[C-10b](#)

[C-11a](#)

[C-11b](#)

[C-12a](#)

[C-12b](#)

[C-13a AIRE](#)

[C-13b](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros títulos](#)

AMURAO

El purgatorio de los niños perdidos

—

FRAN BARRERO

Primera edición: Marzo de 2018

© Fran Barrero

© Venus Publicaciones

www.venus-publicaciones.com

www.franbarrero.es

AVISO LEGAL: Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diseño de la portada: Fran Barrero

Maquetación y Correcciones: Fran Barrero y Ramón Portales

Depósito Legal: M-21.991-2016

ISBN: 9781980557319

*A todos vosotros,
protagonistas y compañeros de una adolescencia
llena de maravillosas experiencias.*

AGUA

8 de Noviembre de 1917

Tú lo viste, Señor, viste cómo le quitaron la ropa y le pusieron un manto de color escarlata. Luego trenzaron una corona de espinas y se la colocaron en la cabeza, y en la mano derecha le pusieron una caña. Arrodillándose delante de él, se burlaban diciendo: «¡Salve, rey de los judíos!».

En tus manos encomiendo mi carne y mi espíritu. El vínculo que me une a Ti siempre debe ser más fuerte que el logrado con la familia; después de todo, esta solo tiene presencia en la vida terrenal. Y ya lo dice tanto la Biblia como el párroco: ama a tu familia, pero mucho más a Dios.

No puedo defraudarte, mi Señor, pues ya he fallado a todos los que me he cruzado en el duro camino de la vida. No pienso seguir destruyendo lo más maravilloso que he logrado en esta miserable existencia. Aunque tenga que perderlos a los tres...

Miguel se ha extrañado cuando le he despertado con sigilo en mitad de la noche, no había madrugado desde que su madre... Cuando le he dicho que iríamos a pescar al lago de detrás de la mina y que debíamos hacerlo mientras los peces aún dormían, se ha entusiasmado a pesar del frío que sabía que pasaríamos. No ha preguntado por sus hermanas porque sabe que ellas tendrán tareas por la mañana, deben limpiar la casa, hacer la comida y el resto de sus responsabilidades.

Encontré la barca de Brian donde siempre, y allí volverá a estar cuando el ingeniero la necesite; nunca sabrá que se la he tomado prestada. Ruego al Señor todopoderoso que perdone a este pecador por haber tomado algo ajeno sin

permiso. Nos montamos y comencé a remar mientras Miguel trataba de colocar los cebos en los anzuelos bajo la oscuridad. Sentía cómo tiritaba de frío pero no oí sus quejas en ningún momento.

El olor a azufre que llegaba desde el otro lado del camino era muy intenso, pero sabía que, cuando nos alejásemos en dirección a los juncos, desaparecería para volver a sentir el aroma de las jaras bajo el rocío de la noche. Aún quedaban unas dos horas para el alba y todo estaba sumido en una oscuridad absoluta, ya que la luna quedaba muy por encima de la niebla, pero apostarí a que el niño sonreía, como si supiera que estaba cumpliendo con una función celestial, dirigiéndose a un destino que quedaba muy por encima de los deseos terrenales y del egoísmo que tanto daño había hecho a los hombres.

13 de noviembre de 2017

La calle se alargaba y su pendiente parecía aumentar a cada paso, las piernas pronto dejarían de responderle y no era por el intenso frío. El peso de su compañero sobre los hombros se multiplicaba al mismo ritmo que sus remordimientos. Para que tuviese una oportunidad de sobrevivir, debía llevarlo rápido al hospital pero, ¿dónde estaba su coche? ¿Dónde había un hospital? La sangre de Miguel estaba empapándole la camisa y aquel calor no era en absoluto reconfortante. Hacía varios minutos que no le oía gemir de dolor y eso, sumado a la sangre perdida, era muy mala señal.

Ya no observaba las luces de la calle que hace solo unos momentos dibujaban destellos de colores sobre la carretera mojada por la lluvia. Ahora solo sentía humedad y casi no veía más que el vaho que salía de su boca, como expulsado por un viejo y cansado tren de vapor que ya no cuenta con las fuerzas suficientes para subir un nuevo tramo en la montaña. Estaba a punto de rendirse, no lograría salvarle.

La culpabilidad por el error cometido, que podría costarle la vida a su amigo y compañero, logró que sacase fuerzas de donde no quedaban y trató de avanzar unos pasos más, pero el esfuerzo no duró mucho y cayó de rodillas. El cuerpo de Miguel se desplomó en el suelo y su cara quedó mirando hacia la suya, con los ojos vidriosos enfocados en el infinito, como los de quien observa desde otra dimensión. «¿Está muerto? —se preguntó el inspector—. No, no puedes morirte, joder, aún no».

De repente, Miguel pareció regresar a la realidad, parpadeó y luego tosió en un desagradable estertor que hizo brotar sangre de su boca. El inspector estaba tan asustado que pensó que el corazón estallaría dentro de su pecho.

—Me dejaste solo..., debimos entrar los dos a la vez.

Otra vez no, aquello no podía estar pasando otra vez... El inspector sintió el vértigo que precede a la caída, y tras sumergirse en el abismo, despertó en la cama de su recién alquilado piso.

—Todo un profesional.

—Un buen amigo y una persona excelente.

—El mejor de toda la provincia.

—Un zapatero como los que ya no quedan.

—Ya lo ven, así definen sus clientes, vecinos y ciudadanos en general a Celestino Villar, zapatero que, a sus noventa y siete años, ahí es nada, se niega a colgar el cartel de cerrado en el negocio que regenta desde 1955 en la localidad de Minas de Riotinto, provincia de Huelva. Un artesano para el que parece que el tiempo no haya pasado, ya que realiza su trabajo con el mismo mimo y dedicación que el primer día en que entró como aprendiz de su padre en el negocio.

Eran las ocho y cinco de la tarde y la reportera, de largo pelo castaño y dentadura impecable, hablaba a cámara mientras el anciano seguía con su trabajo, aparentemente ajeno a todo el revuelo mediático que había congregado a sus vecinos a las puertas de su pequeño taller de reparación de calzado. Imágenes grabadas durante la tarde se mezclaban con las del directo, y en una ventana a la derecha de la pantalla aparecía el presentador en el plató central en Sevilla. Un bello homenaje a una larga vida de entrega y amor por una profesión que nació en las enseñanzas del abuelo de Celestino.

—Ahora tendremos la oportunidad, si sus labores se lo permiten, de hablar con Celestino sobre su oficio, sus anécdotas o experiencias que...

—Laura —interrumpía el presentador, sonriendo con la seguridad de saber que controlaba la situación—, no olvides preguntarle por la competencia que suponen las tiendas de chinos y otras zapaterías baratas que hacen casi más rentable la compra de un zapato nuevo que arreglar uno roto.

—Claro, Pedro —respondía ella con sumisión, pero sin perder la sonrisa que marcaba hoyuelos en sus mejillas—, la irrupción del calzado económico es un tema que, sin duda, debe de haber supuesto un antes y un después en la vida y trabajo de nuestro protagonista. ¿No es así, Celestino?

El anciano zapatero miraba a la chica como quien contempla por primera vez un amanecer, algo increíblemente bello ante sus sentidos pero sin saber muy bien lo que significaba ni lo que supondría para su vida. El buen hombre se había peinado y afeitado a conciencia y puesto una camisa gris impecablemente planchada para la ocasión, pero que no ocultaba los estragos de su duro trabajo. Sus manos y antebrazos estaban surcados de mil venas y cicatrices, y las yemas de sus pulgares habían sustituido la carne y huellas dactilares por callos de la consistencia de la madera seca. Estaba muy delgado y parecía un niño allí sentado en su pequeño taburete de madera rodeado de herramientas y zapatos o suelas a medio terminar de arreglar. Aquel era su ambiente, no el circo que observaba al otro lado de su banco de trabajo.

—Bueno, aquí estamos, como cada día —dijo sin saber muy bien si había respondido bien a la pregunta de la periodista.

—¿Se siente usted con fuerzas después de tantos años de trabajo duro, Celestino?

—Bueno, como siempre. Uno tiene que hacer lo que sabe hacer. Ya me entiende usted.

—Sí, pero... ¿No le apetecería jubilarse y disfrutar del descanso merecido? No, no me responda aún, Celestino. Los espectadores aún tienen muchas dudas, como por ejemplo: ¿No se siente cansado tras una larga vida en un trabajo que cada vez se reconoce menos? Después de todo, la zapatería o arreglo de zapatos no deja de ser un oficio en vías de extinción por el auge del calzado barato que procede principalmente de China.

Celestino miraba a la reportera sin saber muy bien qué contestar, no quería hacer el ridículo, como le había prometido a su hija cuando le notificó que irían a hacerle un reportaje de televisión para el Canal Sur. Pero aquella muchacha tan delgada y guapa, junto al mozo alto y silencioso que sostenía una cámara con una luz que casi no le permitía ver lo que tenía en su propio banco de trabajo, le hablaba de cosas que no comprendía; a pesar de haberle asegurado antes de la propia entrevista, y también unos días atrás, cuando se puso en contacto con él para pedirle permiso para un reportaje, que todo sería muy fácil, rápido y que casi no se daría cuenta de que había ido allí; además de que ganaría mucha clientela para su negocio en el futuro. Celestino se sentía algo engañado y con miedo a defraudar y avergonzar a su hija con algún comentario que le hiciese quedar como un analfabeto, así que meditaba con tesón cada palabra que contestaba, sin importarle que la reportera pareciese desesperada por su tardanza e inseguridad.

Por suerte para él, no necesitó soportar mucho más aquella tortura.

El revuelo que se formó en la calle, y acabó llegando a los vecinos que se congregaban dentro del local, hizo que la reportera desconectase su mente del pinganillo que le iba guionizando lo que debía hacer, preguntar y sentir ante los espectadores. Una frase repetida a sus espaldas hizo que su cerebro bloquease sus cinco sentidos, aunque no impidió que un cosquilleo, como mil inquietas hormigas,

recorriesen su estómago hasta hacerle abandonar el local y salir a la calle sin dar explicaciones ante las atónitas miradas de Celestino y del presentador en el plató. Su operador de cámara, Javi, corrió tras ella.

El televisor mostraba ahora el intento del presentador por seguir adelante con el programa, dando paso rápidamente a otro reportero que se encontraba en Málaga.

¿Cuánto hacía desde la última vez que dispuso de unas horas para disfrutar de sus amigos, salir al cine, cenar o jugar con su pequeña sobrina? El trabajo le tenía tan absorbido que se había olvidado de vivir. Claro que su talento y la dedicación aplicados a sus últimos casos en Sevilla le habían valido un buen ascenso, junto con un traslado y unos días libres para dedicarlos a ordenar su vida en el nuevo destino y organizar sus asuntos personales.

Ya instalado en su ciudad natal, Huelva, Marcos caminaba aquel viernes por la calle Palacio en dirección al restaurante El Portichuelo, donde había quedado para cenar con varios excompañeros de universidad que no veía desde hacía más de cinco años, los que había estado destinado como policía de homicidios en la capital andaluza. Llegaba tarde, había tenido que aparcar más allá de la avenida de Pablo Rada e iba pensando en la disculpa que ofrecería a sus amigos cuando, al llegar a la fachada del restaurante, les vio a través del ventanal. ¿Había pasado el tiempo de una forma tan cruel por él mismo como por aquellos señores que contemplaba? Se quedó unos instantes analizando (gajes del oficio) las calvas, pliegues en rostros, tripas incipientes y la ropa algo desfasada de quienes habían sido la flor y nata de la ciudad en su generación, algunos y otras portaban cochecitos de bebé como accesorio para amenizar la velada. Aquello le hizo sentir mayor, incluso creyó envejecer un lustro en un solo minuto, a pesar de no tener

aún una sola cana en su cabello castaño ni haber ganado un kilo desde que tenía veinte años.

Sentía que se avecinaba un duro golpe de realidad y no le apetecía lo más mínimo enfrentarse a ella. No estaba en absoluto preparado para aquello.

«Qué bien te ves», «cómo te cuidas», «¿qué tal se trabaja como inspector de homicidios?», «menudo señor importante», «cuéntanos casos oscuros y secretos de algún famoso o futbolista», «¿sabes algo sucio sobre el gobierno?», fueron algunas de las preguntas que tuvo que soportar por ser el único del grupo que no había acabado en un trabajo anodino o de los que se consideran convencionales. Pero salió bien de la situación tras soltar aquellas frases que siempre funcionaban y que solían repetir sus superiores una y otra vez en las ruedas de prensa: «estamos barajando varias hipótesis», «el caso presenta dificultades sobre las que ya os mantendremos informados», «las autoridades no tenemos nada que añadir hasta avanzar en la investigación». Y todos rieron a carcajadas ante aquel despliegue de originalidad.

Después de sentarse entre Luis y Simón (aquel parecía el rincón de los solteros en un banquete de boda), Marcos pidió un solomillo de ternera a la pimienta y luego, al pensar que no podría comerlo acompañado de un buen Rioja, debía conducir de vuelta a casa, hizo una mueca de desagrado y pidió agua.

Las conversaciones sobre las novedades en la vida y trabajo de cada uno duraron poco más de veinte minutos, para pasar a continuación a las anécdotas sobre sus hijos y lo mal que iba todo con la crisis, dos temas que Marcos no soportaba. Sentía estar siempre rodeado de clones, con quejas por todo lo que sucedía a su alrededor o intentando convencer a los demás de comprar el coche que ellos tenían, la cámara de fotos que habían recibido en Navidad, hacerse vegetariano o tener un hijo lo más pronto posible. Cuando Marta, que hace solo unos años era una chica lan-

zada y presumía de ir a comerse el mundo, le preguntó mientras amamantaba a su hijo de unos meses de vida qué se le había perdido tan lejos, en Sevilla, sintió ganas de romper a reír en su cara. Tuvo que contenerlas bebiendo unos sorbos de agua. Parecía que Huelva siguiera estanca-da en los años setenta, aún muchos consideraban una locu-ra el marcharse a otra provincia, aunque solo estuviese a cuarenta y cinco minutos en coche.

Aquello no pintaba bien. Marcos sabía que la conver-sación derivaría, cuando todos llevasen dos cervezas más, en recordar batallitas y ponerse nostálgicos. Lo que parecía una cena de reencuentro, cargada de incertidumbre y buenas expectativas, se estaba convirtiendo en algo peor que una cita a ciegas organizada por su abuela.

Por suerte no llegó a tener que soportar esa última fase de conversación, ni más preguntas de Marta, a la que re-cordaba con un físico espectacular y siempre con ganas de salir de fiesta, recordaba... De hecho, ni siquiera pudo ter-minar su plato antes de que sonase el teléfono. Todos emi-tieron un berrinche de desaprobación cuando se levantó a atenderlo, como si hablar por el móvil un minuto fuera una falta de educación imperdonable para aquellos que se ha-bían pasado toda la noche consultando wasaps.

Aquel teléfono era el personal, pero la llamada provenía de la central en su nuevo destino, a la que aún no se había acercado por estar disfrutando de tres días libres. No era lógico que le llamasen a las nueve de la noche, pero quizá hubiera surgido algún problema con los papeles de su tras-lado y necesitasen hacerle una consulta.

Marcos se equivocaba. Tras oír la voz de Irene, la recep-cionista de la comisaría, se despidió a toda prisa, soportan-do quejas de sus excompañeros mientras dejaba dos bille-tes de veinte euros sobre la mesa. El policía ni percibió el mohín forzado de decepción que le dedicaban mientras él les prometía, no muy convencido, que repetirían la expe-

riencia en breve. Había quedado en trance tras oír lo que Irene le había narrado.

La luz del ocaso, anaranjada y perezosa, se había ocultado dos horas antes sobre el horizonte de espigas secas que se extendía a su derecha en el embalse. Hacía mucho que no llovía y la orilla del silencioso lago estaba más alejada que nunca del margen de la carretera, mostrando un panorama de basura medio descompuesta y un suelo agreste y amarillento que, hasta pisarlo, no se sabía si estaba seco o actuaría como una trampa de fango pegajoso. En ese instante, Fermín pudo oír como se filtraba a lo lejos un graznido entre el bullicio que originaban los policías.

Más de dos horas llevaba en la zona. Por suerte, pudo llamar por el móvil a su mujer para contarle lo ocurrido y luego envió varios mensajes más para que no se preocupase y supiera que llegaría muy tarde a cenar. Cuando salió aquella tarde a pasear por la zona, como cada día que no llovía desde que se jubiló en la mina, no habría podido imaginar lo que encontraría al cambiar su ruta habitual y dirigirse al embalse de Gossán, su meta era llegar al antiguo y abandonado edificio de Telefónica antes de caer la noche.

Guardiaciviles y policías locales ocupaban la zona, afeitados en colocar cinta blanquiazul entre los arbustos para impedir que entrase nadie al lugar donde había encontrado el cuerpo del niño. Claro que allí solo estaban ellos, aquello no era el centro de una ciudad, sino un paraje desierto en mitad de la nada. Había visto suficientes películas policíacas y capítulos del CSI a lo largo de su vida como para saber que colocar la cinta no serviría para nada; en cambio, los cientos de pisadas que estaban dejando por todas partes no gustarían nada a los investigadores que apareciesen desde la Policía Nacional.